



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Biblioteca Universitaria



UNIVERSIDAD DE LAS PALMAS DE GRAN CANARIA
Vicerrectorado de Cultura y Deporte

¿QUÉ ESCRIBIR?

María del Mar Suárez Oramas



PRIMER PREMIO 2013

¿Qué escribir? Esa pregunta vuelve a mí cada mañana. Olvido por un momento que se deslizó por mis pensamientos ayer. La noche ha consumido todas las huellas del pasado, y los restos de mis pasos solo continúan resonando en los latidos de mi corazón. Me digo “otro día más”, y vuelvo a caminar...

Nada más levantarme comienzo a repasar los apuntes del día anterior. Hago una lista con las tareas pendientes y me digo cuáles necesitan ser atendidas con mayor urgencia.

Mis padres cuchichean al otro lado de mi pared y yo me levanto en un suspiro del escritorio para ir en su busca. Pero nada más entrar en la cocina se hace el silencio.

-Vaya –comento sirviéndome un vaso de leche-. ¿Me tenéis miedo?

-¿Has dormido bien? -me pregunta mi madre un tanto nerviosa y yo asiento.

-Me voy a trabajar –dice mi padre con la mirada perdida en el suelo mientras se levanta. Entonces, suspira, lleva su mirada hacia la mía y se esfuerza por sonreír.

-Estudia mucho –me dice.

-Claro, papá –le sonrío, y le despido con un beso en la mejilla.

Pero en cuanto abandona la cocina, le pregunto a mi madre si le pasa algo.

-Nada. Solo está cansado –me responde ella-. Y la verdad es que yo también. ¿Te importa recoger la cocina? Necesito descansar un poco.

-Sí, no te preocupes.

Miro a mi alrededor y solo veo platos sucios y un gran cubo de basura sin vaciar. Suspiro. Tendré que dejar las tareas de literatura para después, me digo, y me pongo manos a la obra.

Por la tarde llega el momento de volver a la universidad. Respiro profundamente en mi asiento del autobús. Mis ojos se pierden en las gotas de lluvia que impregnan el cristal. Más allá puedo ver las nubes grises y escuchar el sonido de la lluvia, que se precipita y se pierde en el asfalto. Algo muy poco común en Las Palmas. Pero ese día, como el anterior, la pregunta continúa atada a mi garganta en busca de una respuesta que la haga respirar: ¿qué escribir?, ¿qué escribir?

Sé que todos los días han sido exactamente iguales. Mis pensamientos continúan buscando secretamente la respuesta. Y para ello las horas se postran ante mí como si la realidad fuera tan solo un sueño visto desde fuera. En ella me veo a mi misma avanzar, detenerme, respirar, pensar, existir...

Recorro las calles abarrotadas de gente bajo mi paraguas; entro en la universidad observando de lejos a las distintas personas y me pregunto: ¿qué hacen aquí?, ¿qué estudiarán?, ¿qué llegarán a ser después?, ¿tienen sueños? De repente sonrío sorprendida y me detengo en seco allí, en el centro del vestíbulo de la facultad de humanidades.

-Tengo un sueño...-digo para mí mientras la felicidad le da fuerzas a mi corazón.

Una profunda calma me embarga y, nada más darme la vuelta, me encuentro con algunos compañeros de clase. Unos comparten mi sueño, otros continúan buscando el suyo.

-¿Te has leído el libro para el trabajo? –me pregunta mi mejor amiga.

Sonrío sin terminar de creerme que mi propia vida tenga sentido, que pueda dedicarme a la razón de mi existencia ¿Acaso leer es trabajar? ¿Lo es para un alma curiosa sedienta de sueños?

-Sí –asiento–. Y también hice el trabajo sobre lo oral y lo escrito.

-Sí, el horrible trabajito ese –sonríe mi compañera-. ¿Qué te pareció?

-La idea de Alfonso Reyes sobre que la literatura es oral me parece muy interesante. Es como si en nuestros pensamientos solo existieran las palabras, como si estuviéramos hechos de palabras y solo transcribiéramos la realidad.

Mi amiga rio.

-¿Aun crees en la magia de las palabras, eh, niña pequeña?

-Claro. Las palabras pueden cambiar el mundo –declaré convencida y ella me miró incrédula.

-¿No has leído nunca un periódico? Pues me alegro por ti –bufó-.Te aseguro que te quedarías muda con las cosas que pasan.

Pienso en todas las cosas malas del mundo, pero ninguna me parece lo suficientemente fuerte como para hacerme callar.

Mis compañeros y yo nos dirigimos a la clase. Somos demasiados. Eso es lo que pensamos cada día nada más entrar en un aula de cincuenta personas. Pero a veces, cuando miramos por la ventana de la realidad, nos percatamos de que no somos demasiados. Al otro lado del cristal son tantos que ni siquiera se pueden contar.

Es la hora de escuchar. La profesora comienza con su sesión magistral de normas ortográficas de la RAE. Después, mi profesor de tradición y modernidad nos muestra palabras griegas. Descubro que demonio en su origen significaba consciencia. Y por eso, mi propio demonio tiembla deseando saber más.

La pregunta que espera en mis pensamientos ser contestada va alimentándose a través de mis ojos, a través de mis pensamientos, de mis oídos, de mi libertad...

A cada palabra que trago atenta en clase, surge otro suspiro. A cada idea mi libertad crece y se transforma en fuerza. Existo, pienso; soy palabras, soy letras...

Un poema más, otra vida... casi siento, casi escucho cómo aquellos escritores de los que nos hablan en literatura gritan desde el papel la verdad, que sigue sin ser oída...

Respiro y, de repente, vuelvo en mí. Allí estoy, en mi clase, en mi hogar. Aún estoy comenzando el primer año en el Grado de lengua española y literaturas hispánicas, pero sé que ese es mi hogar.

Las clases han terminado y comienza a oscurecer. Me despido de mis compañeros y me marcho a casa sola. Tras un día duro, mis hombros llevan un gran peso a casa, pero mi cabeza también contiene ideas antes desconocidas.

El autobús está lleno de personas y otra vez las observo examinando sus gestos y especialmente sus miradas. ¿Tienen sueños?, me pregunto, porque yo tengo uno, uno demasiado inmenso...

Las luces de las calles se esfuman más allá del autobús, pero yo continúo mi trayecto. Al fin llego a la parada y vuelvo a mi casa. Entro y allí estoy, con mi familia. El tiempo vuelve a pasar mientras contengo a mi propio corazón y a mis propias manos.

Es la hora de dormir. Todos vuelven a sus camas y yo, aun en mí, me siento en mi escritorio y comienzo a estudiar.

Poco después mis ojos se desvían lentamente hacia el papel.

-¿Cuál es mi sueño? -Me pregunto y suspiro sintiendo como la calma me acaricia suavemente.

Acerco el papel y sé lo que debo hacer. La pregunta se llena. La pregunta ha sido contestada.

¿Qué escribir?

Y escribo una página más de mi libro, como si con ello alargara un día más mi sueño y mi existencia.

Debo seguir estudiando, pero más tarde me vuelvo a detener y siento que el sueño me consume. Regreso a la cama mientras las respuestas se pierden en mis pensamientos y la pregunta vuelve a hilarse otra noche. Dicen que dormir es morir. Pero no me importa. Cada día me despierto con nuevas ilusiones, cada día olvido mis errores y comienzo de nuevo. ¿Por qué? Porque lucho, porque vivo experimentando aquello que quiero. Quiero escribir, quiero soñar, quiero ser libre y vivir en mi misma, y quiero no depender de otros para pensar. Cada día me despierto tras morir y me digo: ¿qué escribir? Pero siempre tengo mi sueño y otra hoja que llenar.

Me despierto. Otro día ha comenzado. ¿Qué escribir? Sonríó al sentir esa pregunta dentro de mí y sé que mi deber será contestarla. Suspiro satisfecha. Tengo mucho que hacer.

Escucho a mis padres en la cocina otra vez y voy en su busca.

-¡Buenos días! –les saludo mientras me sirvo un zumo.

-¿Otra vez silencio? -pregunto entonces y les miro-. ¿Qué ocurre?

-Tenemos que hablar contigo, cariño –me dice mi madre.

-¿Qué ocurre? -repito sentándome frente a ellos en la mesa.

-No...no podemos pagar la casa –me dice mi padre con la cabeza mirando directamente al suelo.

Me quedo paralizada. Silencio. No puedo moverme.

-Tu padre vendió el coche el mes pasado. Pero como era muy viejo le dieron muy poco por él y ya no nos queda más dinero.

-Pero... papá trabaja –dije mirándole y conteniendo mis temblores.

-No. No trabajo desde hace siete meses. Me despidieron. No quería decirte nada.

-Tenemos que marcharnos. Tenemos la orden de desahucio –dice mi madre con aparente serenidad.

-Yo...-comienzo a decir pero no logro encontrar las palabras correctas.

-Todo irá bien –dice mi madre.

-¡No quiero mentirle más! -exclama mi padre-.Estoy harto de soportarlo todo. No tenemos dinero, somos prácticamente unos mendigos.

-No podré estudiar –susurro para mí misma y mi padre se deshace en lágrimas.

-¡No! ¡No podrás estudiar ni comer ni nada, hija! Y todo porque tu padre es un ignorante.

No puedo controlar mis lágrimas. Estas se deslizan por mis ojos incontroladas mientras el dolor me oprime el corazón y las venas desde dentro. Siento un cosquilleo en mis muñecas y en mis brazos, y no sé si es rabia, miedo o ambos sentimientos entremezclados. No puedo controlarme y me voy a mi cuarto. Escucho los gritos reprimidos de mis padres romperse. Resuenan fuertemente en mi cabeza mientras me oculto tras la almohada y gimo de dolor.

Todo se ha acabado, me digo, mi libertad ha muerto. Suspiro. No puedo evitar llorar por lo que ya nunca más tendré. No puedo evitar sentir el vacío sin llenar de todo lo que me queda por aprender. Soy una ignorante, soy una ignorante...-esas palabras se retuercen en mi interior. No podré cumplir mi sueño, no podré escribir, y sin escribir no podré volar...

El día me quema la piel mientras las lágrimas resacas continúan en mis ojos. Pronto, me digo, no tendré ni esa cama. Pero debo continuar. Un día más, suplico para mí, solo un día más.

Mi padre ha salido, mi madre no puede ni mirarme a la cara. Yo no puedo forzarla a hacerlo, no tengo fuerzas para decirle que la culpa no es suya ni tampoco que la quiero.

Continúo andando y al llegar al autobús me duele hasta pagarlo; pero, me digo, un esfuerzo más, un último día, una última idea, solo una más...

La joven que a veces se sienta a mi lado de camino a la universidad habla con ella misma mientras yo la ignoro.

El tiempo sigue corriendo...

¿Qué debo escribir? Solo siento la desesperación. Me detengo en la puerta y veo por primera vez desde que estoy allí las pancartas que protestan por la educación y animan a la huelga. Nunca he asistido a nada parecido, nunca he tenido la necesidad de pensar en ello. Pero hoy me siento pobre, me siento nada...

Llego a clases. Sé que debo estar pálida, pero sonrío a mis amigos y me siento. El profesor comienza la lección, pero tengo tantos deseos de aprender que ni siquiera puedo escucharlo. No, no puedo, mis pensamientos están más allá de él y mis labios escriben sin voz.

Somos palabras.

¿Por qué solo escucho silencio?

Estoy rodeada de mudas sombras sin aliento.

Somos palabras.

Siento que mi sangre reclama más.

Esa voz que vibra en mi propia esencia está formada

por palabras que se deslizan, nos acarician,

nos respiran y tiemblan.

Nuestra propia existencia

depende del lenguaje.

Nuestras propias almas están compuestas por ideas.

Somos palabras.

Pero unos no saben hablar

y a otros les cortan la lengua.

Recuerdo las palabras de mi amiga. "Te aseguro que te quedarías muda con las cosas que pasan"
.La frase se repite en mi cabeza una y otra vez a lo largo de la clase.

Entonces, me pongo en pie. La clase ha terminado. Salgo rápidamente del aula y echo a andar.
Las lágrimas caen por mis ojos.

-No soy muda –me digo-. No, no lo soy.

-No soy muda –me repito sin dejar de caminar-. Tengo voz, tengo voz...

Corro a la biblioteca y entro en el silencioso santuario de los libros. Desde él me dirijo a la sala de ordenadores y, encendiendo uno con mi D.N.I y mi contraseña, comienzo a escribir...

No soy muda, pues continúo gritando.

¿Sabes mundo?

No me has silenciado.

¿Sabes muerte de sombras?

No me has tragado.

Mis manos escriben

aunque desde mi pálido corazón

sólo surjan escalofríos.

Mis manos escriben

aunque desde mis ardientes pensamientos

solo emerjan más suspiros.

¿Sabes mundo?

Continúo escribiendo.

¿Sabes mundo?

Aun puedo aprender.

Aun puedo luchar.

Aun puedo ser quien quiero ser.

Mi sangre son palabras.

Mis pensamientos tienen sed.

Las lágrimas me acarician la piel en silencio y me las seco con el dorso de la mano. Abro mi correo y me encuentro el mensaje de una amiga. Lo abro. No tengo fuerzas para sonreír a pesar de sus cálidas palabras. Estaba pensando en mí y encontró muchos concursos de relatos. Ella conocía mi sueño.

Ser escritora o, al menos, escribir día a día...

Leo atentamente las bases del concurso y suspiro.

Nunca he escrito para nadie aparte de mí misma. Mi corazón late con fuerzas y mis manos saben exactamente qué han de escribir. Los dos últimos días se reducen a palabras y toda mi realidad cobra sentido. Sé que he vivido esos dos días para llegar allí y escribirlos.

¿Qué escribir?, me digo cada día mientras enmudezco. Pero no importa qué escribir, qué decir, qué gritar... No importa mientras no permanezcas en silencio.